

LA TERTULIA.

DIARIO PROGRESISTA-DEMOCRÁTICO DE LA MAÑANA.

AÑO II.

Jueves 17 de Octubre de 1872.

NÚM. 285.

LA TERTULIA.

MADRID 17 DE OCTUBRE DE 1872.

ADVERTENCIA.

La mucha extensión de la sesión extraordinaria que anoche celebró el Congreso, y la imposibilidad de suprimir ni una sola palabra del brillante discurso pronunciado por el señor Ruiz Zorrilla, nos obligan a retirar los extractos de las sesiones de ayer de los Cuorpos colegisladores, si bien la Crónica parlamentaria que a esas sesiones dedicamos dará a nuestros lectores suficiente idea de ellas.

CRÓNICA PARLAMENTARIA.

CONGRESO.

Con escaso número de diputados comenzó en el Congreso la sesión de ayer tarde, buena parte de la cual se invirtió en preguntas.

Puesto a la orden del día estaba el dictamen de la comisión que entiende en el proyecto de ley de reemplazo del ejército, y abierta discusión sobre la totalidad, continuó el primer turno en contra el diputado republicano Sr. Navarrete, quien redujo sus principales ataques a recordar las ofertas hechas por nuestro partido de abolir la odiosa contribución de sangre, y a suponer gratuitamente en contradicción sus palabras con sus actos.

Para alusiones habló el Sr. Vidari, pronunciando un elocuente discurso, nutrido de doctrina, en que demostró que el servicio militar obligatorio es perfectamente conforme al derecho.

También hablaron, aludidos, el señor marqués de la Florida y el Sr. Olave, sosteniendo este último, en defensa del Gobierno, que las quintas, digase lo que se quiera, están muertas para siempre; pues presentado a las Cortes el proyecto de abolición, ningún ministerio podrá hacer ya nuevos sorteos, después del que ahora se verificará por última vez.

El señor ministro de la Guerra manifestó que la demanda de 40.000 hombres es una medida de previsión, hija de las circunstancias; y así lo ha comprendido el Sr. Vidari, quien siendo, como es, partidario de la abolición de las quintas, no niega su apoyo en estos momentos al Gobierno.

El Sr. Lafitte contestó, como individuo de la comisión, al Sr. Navarrete, probando en un correcto y elegante discurso, que el ministerio no ha faltado a ninguna de sus promesas, puesto que presentado está al Congreso el proyecto de ley ofrecido, dando nueva forma a la organización militar del país; pero que al propio tiempo es de apremiante necesidad cubrir las bajas del ejército con 40.000 hombres de los 80.000 fijados por una ley de las Cortes anteriores, ley a la cual el gobierno no tiene facultades para sobreponerse. Por otra parte, es indudable que los mozos a quienes alcance la suerte de soldados no por eso perderán el derecho que tienen a participar de las ventajas que la abolición de las quintas y la nueva organización militar reportarán en breve plazo a todos los ciudadanos españoles.

Rectificó el Sr. Olave, y antes de terminar la sesión, el señor ministro de la Guerra manifestó al Congreso que el orden continúa inalterable en todas las poblaciones de la Península, a excepción del Ferrol, sobre cuya insurrección, leyó los despachos, recibidos hasta aquel momento, y según los cuales los sublevados, continuando aislados, casi inactivos, mientras que las fuerzas del gobierno, auxiliadas por buques blindados, para que el resultado sea más rápido y menos costoso, se disponen a dar un ataque decisivo a las posiciones ocupadas por aquellos.

SENADO.

Terminada en el Congreso la discusión del mensaje en contestación al discurso de la Corona, al Senado tocaba ocuparse ya de asunto tan importante, que marca la regla de conducta que las mayorías deben trazarse en sus relaciones con el poder ejecutivo a la par que exponen ante el país las aspiraciones de los que en ellos depositaron la facultad legislativa que al pueblo corresponde.

Tres enmiendas hay presentadas al notable proyecto de mensaje, debido a la pluma del Sr. Balañá, que, elegante en su forma y esencialmente democrático en los puntos que abraza, ha merecido justos elogios de todas las fracciones de la Cámara.

Y es de notar, por la importancia política que para el partido radical y para el país entero tiene, lo que viene sucediendo desde que empezaron las tareas parlamentarias; hoy, que no se ejerce coacción alguna en la

libre emisión del pensamiento; hoy, que tanto en la prensa como en la tribuna no se escasean los medios que la libertad proporciona para combatir al Gobierno y a la legalidad existente, ha habido un diputado conservador que se ha levantado en el Congreso para decir que las elecciones, porque el país acaba de pasar, han sido verdaderamente legales, y ni en la prensa ni en la tribuna se han aducido razones suficientes que destruyeran el aserto del diputado antidemocrático; y al inaugurarse las discusiones del mensaje en el Senado, un senador republicano, y republicano intransigente, el Sr. Cala, que se levanta a combatir el proyecto de la comisión apoyando una enmienda cuya tendencia es manifestar la necesidad de que la forma de gobierno establecida se sustituya con la republicana, empieza por reconocer que el proyecto que quiere combatir es el primero que desde el establecimiento del régimen constitucional interpreta los sentimientos y las aspiraciones del pueblo que han de ser y son, en efecto, eminentemente democráticas.

Estas manifestaciones espontáneas de dos representantes del país, que hablan en nombre de los más encarnizados enemigos de la monarquía y de la dinastía, son el mayor elogio que puede hacerse de la conducta de los que vinieron a sustituir a los que hollaban sin reparo todo derecho, despreciando en su odioso cinismo la soberanía del pueblo que escarnecieron con sus desmanes.

Partiendo de la declaración antes mencionada, poca fuerza habrán de tener los argumentos que empleara el Sr. Cala combatiendo el proyecto de mensaje. Su discurso, demasiado largo, puesto que no atacó de un modo concreto ninguno de los párrafos del proyecto, fué muy corto para explicar la multitud de tesis que abrazó. Mas bien que discurso de oposición, fueron las palabras del Sr. Cala un curso de historia contemporánea que nada enseñaba por lo reciente de los acontecimientos a que se refería, y que todos perfectamente conocen sin que el senador federal los explique a su capricho; una colección de apuntes para formar un verdadero discurso, en los cuales sentaba teorías y procedimientos exclusivamente suyos, para deducir a su antojo las consecuencias que le convenían.

Habló de lo que los discursos del monarca y del Parlamento son a su parecer, e hizo una lata reseña de los acontecimientos que precedieron y siguieron a la revolución, intentando probar que la democracia es incompatible con la monarquía. Para ello, examinó cuáles fueron las causas que ocasionaron el alzamiento nacional de 1868, censurando la conducta de los partidos que lo llevaron a cabo, porque no quisieron complacer a una pequeña minoría aceptando la forma de gobierno que abogaban los que la componían; examinó la formación y tendencia de los tres partidos revolucionarios, lamentando que se hubiese excluido al partido republicano, que en concepto del orador era entonces el que contaba con mayores prosélitos, de la gobernación del Estado; metió a los progresistas de inexpertos y de metafísicos a los demócratas; dijo que los derechos individuales estaban limitados por las prerrogativas de la corona, y la libertad de las Cámaras por el veto del rey; y terminó sosteniendo que la democracia no existía en el Gobierno, puesto que existía la monarquía, había quintas y una ley de reemplazo que no obedecía al criterio democrático, y la esclavitud no había desaparecido en nuestras Antillas.

Estos fueron los puntos más culminantes del discurso del Sr. Cala, a quien se encargó de contestar, a nombre de la comisión, el Sr. Morales Díaz.

Los argumentos del senador federal fueron despareciendo uno por uno ante las incontestables razones que adujo el Sr. Morales Díaz en defensa de los principios democráticos dentro de la monarquía, resultado de una Constitución tan libérrima que podía ser aceptada sin modificaciones ostensibles por el partido republicano, que se precia de ser el intérprete más fiel de los sentimientos liberales, por más que nosotros dejemos a sus mismos sectarios el trabajo de traducir a la verdad estas aseveraciones de sus apóstoles.

Al atacar el Sr. Cala la monarquía, olvida, sin duda, que lo que ataca es la soberanía nacional, que no pudiendo ser dirigida en su momento revolucionario, expresó su voluntad enviando a las Cortes Constituyentes una mayoría monárquica.

Que el partido republicano nació con la revolución, lo probó suficientemente el mismo Sr. Cala, sentando que los demócratas componían solo una escuela filosófica, sin dar importancia alguna a la forma de gobierno, forma que, en su mayor parte, cre-

yeron después debía ser la monarquía, causando la segregación de los pocos que pensaban de distinto modo, y que proclamaron el republicanismo.

Grandes fueron los esfuerzos que el senador federal hizo para probar que la democracia y la monarquía eran incompatibles, y con perfecto criterio supo el Sr. Morales Díaz hacerle comprender que precisamente por ser distintas son armonizables, y que esto es lo que ha conseguido hacer la revolución. La monarquía, símbolo de la perpetuidad, y la democracia, expresión de la variabilidad, puesto que es el gobierno del pueblo por el pueblo, forman unidas un todo armónico que resiste a los desbordamientos del pueblo y limita las atribuciones de un rey que pudiera ser absoluto. Esta armonía es la que la monarquía democrática realiza, siendo un fuerte dique a las pasiones populares y a las arbitrariedades del jefe del Estado.

Suponía también el Sr. Cala que la Constitución protege y proclama la insurrección, porque no previene cuál sería el resultado del abuso del monarca en la prerrogativa del veto, demostrando con sus palabras que olvida la letra de nuestra Constitución. ¿No pueden las Cortes ordinarias acordar la modificación de la ley fundamental en todo o en parte cuando lo consideren necesario, llamando al país por medio de unas Cortes Constituyentes? Pues si la Constitución de 1869 encomienda a la Representación nacional la resolución de sus más áridas cuestiones, si establece la monarquía como institución estable que protege el desarrollo de las aspiraciones políticas del pueblo, sin luchas ni contiendas, si bajo la égida de esa monarquía eminentemente popular, le afianza la libertad y se establecen leyes verdaderamente protectoras y fomentadoras de los intereses nacionales, claro es que la democracia y la monarquía son compatibles, y que solo podrán ser destruidas cuando no cumplan con los preceptos que ambas se imponen en su unión.

LA CUESTION CUBANA.

El brillante discurso con que el señor Ruiz Zorrilla dio fin ayer a la discusión del mensaje, sobre entrar una inmensa importancia política, sobre obligar a todos los partidos que ocupan un lugar en el Congreso a explicar su actitud y sus intenciones, dejó sentada una vez más cuál es la línea de conducta que el Gobierno se propone seguir respecto a la insurrección cubana. Las palabras del presidente del Consejo de ministros, claras y terminantes, han debido disipar todas las dudas que sobre este punto pudieran albergarse.

Franco, imparcial y patriótico como siempre, el Sr. Ruiz Zorrilla colocó en su verdadero terreno todas las cuestiones que con la rebelión de Cuba se enlazan, tratándolas como eminente hombre de Estado, desde la altura a que no llegan las pasiones y con el elevado criterio de quien ante todo mira al porvenir.

En las luchas intestinas, y cuando en ellas se entabla una cuestión de vida o muerte, es imposible que deje de reinar la exaltación que necesariamente conduce a las represalias y a los excesos; pero es necesario conceder al que se ve traicionado acometido el uso de todas las armas que le defiendan del acometedor.

Los peninsulares residentes en la reina de las Antillas, cuyas fortunas y vidas han sido inesperadamente amenazadas, han podido, al procurar la salvación de tan caros objetos y al rechazar la violenta agresión de los rebeldes, dejarse arrastrar en algún instante de la ira y del resentimiento, mas la historia será justa con ellos y todos debemos convenir en que no han dado ejemplo alguno que iguale a los de crueldad ofrecidos por los insurrectos.

Verdaderamente los hechos que recordó el Sr. Ruiz Zorrilla horrorizan y no se comprende que se titulen amigos de la libertad los que los han acometido. Apartemos, pues, la vista de este espectáculo.

Apartemos, si, y volvímosla hacia las nobles declaraciones que sobre la cuestión de la esclavitud y la de concesiones liberales a las provincias españolas de América hizo el jefe del gobierno radical.

La esclavitud es un mal que hace siglos subsiste, y cuya desaparición desean todos los españoles; pero este funesto legado de los siglos de barbarie, y que los gobiernos llamados liberales anteriores al presente nos han transmitido sin modificación alguna y sin preparar nada para que lo recibiésemos en mejores condiciones, viene eslabonado en respetabilísimos intereses, y no cabe decidir respecto a él la violencia o inconsideración.

Las Cortes se ocuparán de la abolición de la esclavitud, y resolverán lo que su sabiduría les dicte, mas de seguro tendrán en cuenta esos intereses que decimos, y para subsanar una grande injusticia que la edad presente no ha cometido, no cometerán otra injusticia mayor.

Esta es la síntesis de las ideas que sobre la materia expuso el Sr. Ruiz Zorrilla.

En cuanto a la concesión de libertades, insistió, y a nosotros nunca nos parecerá que demos aplausido bastante esa insistencia, insistió, repetimos, en negarse a conceder

nada a los que en Cuba se mantienen con las armas en la mano, pues es preciso que jamás puedan decir que forzosamente obtuvieron lo que hubiesen conseguido ya pidiéndolo de otra suerte; o lo que conseguirán el día que se sometan y vuelvan a recuperar su puesto entre los buenos hijos de España.

La energía con que por segunda vez expresó este pensamiento el Sr. Ruiz Zorrilla en el seno de la representación nacional, debe, a lo que esperamos, producir los mejores resultados en las Antillas, y contribuirá indudablemente a pacificar a Cuba, cabiendo, si así sucede, al jefe del partido radical la gloria de que bajo su gobierno, los carlistas y los filibusteros hayan perdido sus últimas esperanzas y entrado a vivir bajo la legalidad común a todos los españoles.

SUCESOS DEL FERROL.

Pocas son las noticias que de la insurrección han llegado hoy a Madrid, y no podía ser de otro modo, cuando todavía no han podido reunirse las fuerzas necesarias para rendir a los que faltaron a sus deberes, sublevándose contra el Gobierno de la nación.

El mal estado de la mar en esta época del año, mucho más en la costa Cantábrica donde pocas veces se ve tranquila, ha impedido que pudieran llegar a su destino los vapores *Beas* y *Ebro* que conducen los batallones de Castilla y Mendigorría, y la fragata *Victoria*, de la cual se tiene noticia de que ayer pasó por la costa de Portugal.

Estas dilaciones, ajenas a la voluntad y previsión de las autoridades, han dado pábulo, como era natural, a que se inventen especies falsas para mantener viva la agitación que siempre producen sucesos tan lamentables como el que nos ocupa.

El *Eco de España* publica una correspondencia del Ferrol, en la que se dan tales proporciones a la insurrección, exagerando de tal suerte el número de sublevados y los medios con que cuentan, que a ser ciertas sus noticias, no bastarían muchos ejércitos a sofocar el levantamiento socialista. Afortunadamente, al colega le ha informado mal su corresponsal, y por el contrario, aunque con escasas fuerzas, el general Sánchez Bregua estrecha cada vez más a los insurrectos y hace inútiles las tentativas de estos por salir de los límites en que los tiene encerrados.

Infelices han sido por este motivo las salidas que por mar y por tierra quisieron intentar los rebeldes. Después de botar al agua como Dios les dió a entender la fragata *Blanca* y de armarla de mala manera, quisieron probar fortuna disparando algunos tiros sobre el cuartel de Batallones; pero hubieron de desistir de su propósito y retirarse a la dársena, para evitar los certeros disparos que se le hicieron desde el baluarte de la Libertad.

Los rebeldes quisieron evitar el desembarco de dos batallones en la playa, hostilizando desde las lanchas, sin conseguir causarles ningún daño, teniendo que retirarse con algunas bajas producidas por los disparos que sufrieron del castillo de San Felipe, asegurándose que se halla herido uno de los principales jefes de la insurrección.

Por parte de las tropas del Gobierno hay que lamentar la pérdida de un oficial y dos soldados heridos, aunque esto no está muy confirmado.

El ayudante Rodó y demás que habían cogido los insurrectos del Ferrol, habían sido puestos en libertad. Unicamente tenían preso al brigadier Barcáiztegui.

De todas estas noticias se han aprovechado algunos para suponer que los rebeldes se habían apoderado de la cárcel de la población en una salida verificada el día 12; hecho completamente falso como el que da un colega alfonso de haberse constituido una junta revolucionaria en el ayuntamiento, donde ondeaba la bandera roja. Ninguno de estos dos hechos es cierto y mal pudiera serlo cuando los rebeldes no han conseguido realizar ninguna salida por tierra y cuando lo han intentado por mar han sido severamente castigados.

También se ha querido dar proporciones internacionales a este acontecimiento, suponiendo que obedecían a un vasto plan en combinación con los republicanos portugueses.

Tales son las noticias de este género que circularon en el día de ayer; nosotros debemos desmentirlas terminantemente, y al efecto hacemos imparcial mención de los hechos verdaderos.

Todo cuanto ayer se quiso proparar en el salón de conferencias y por los pasillos del Congreso, respecto de sucesos en la capital del Principado, todo cuanto después se propaló por cafés y corrillos de la Carrera de San Jerónimo, con relación también a los mismos supuestos sucesos, era completamente falso, y carecía de todo fundamento. En Barcelona como en toda la Península, aparte de lo que ya sabemos con relación al Ferrol, cuyos sucesos hemos calificado, por su propio aislamiento, de una calaverada criminal, reina tranquilidad completa, y así lo aseguraba en la sesión de ayer tarde el Congreso el señor ministro de la Guerra, al mismo tiempo que las *filles* a que hacemos referencia se ponían en circulación por los que quisieran ver revuelto el río con la esperanza de alguna pesca, ilusiones engañosas! no está la Magdalena para tafetanes.

Como una prueba más de lo que aseveramos en el sueto anterior, podemos asegurar a nuestros lectores, de acuerdo con *La Correspondencia*, que el comité provincial republicano de Barcelona, y el local de dicha capital del Principado, han dirigido a sus correligionarios, con motivo de los sucesos del Ferrol, dos proclamas recomendando la tranquilidad y la más perfe-

ta cordura y sensatez, advirtiéndoles que la menor imprudencia puede comprometer y alejar el triunfo de su causa.

Está visto; con exclusión del Sr. Ferrer y Plantada, no hay quien quiera ser redactor de *El Derecho Moderno*. Toda persona a quien se supone inspiradora del tal colega se apresura a rechazar semejante carácter, y todo periodista a quien se le atribuye participación en los trabajos, niega en redondo que haya escrito una línea en el novel colega.

Hay mas todavía; aquellos que en efecto tuvieron la mala ventura de aceptar un puesto en la redacción de dicho periódico, creyendo seguramente de buena fe que este diario venía a la palestra a defender la bandera del radicalismo, hoy renegaron de su candidez, y se apresuraron a abandonar las columnas de ese enmascarado colega, que, como hemos probado hasta la saciedad, no representa otra bandera que la del desprecio, completamente desplegada ya por *El Derecho Moderno*.

He aquí en prueba plena de lo que dejamos consignado, el comunicado que ayer se ha visto precisado a insertar en sus columnas el mencionado periódico, con el *intrínseco* y despedida que el mismo periódico le consagra.

«Después de haber leído en *El Diario del Pueblo* de anoche, que nuestro compañero y amigo el señor don Bernardino de Rada se había separado de la redacción de *El Derecho Moderno* por la actitud hostil al gabinete que este ha tomado, recibimos la siguiente carta que a petición del Sr. Rada publicamos con mucho gusto.

Dice así:
«Sr. D. Miguel Ferrer.
Querido amigo: He leído detenidamente el artículo que encabezaba el periódico, titulado «La política de los proyectos». Por él concebí perfectamente la marcha que el periódico ha de adoptar en el sucesivo, y no estando yo conforme con ella, me voy en la necesidad de retirarme de la redacción, por más que esto me cause gran sentimiento.
Siempre soy verdadero amigo de V. y le quiero de todas veras.
Bernardino de Rada.

Madrid 15 de Octubre de 1872.
Excusamos decir cuánto sentimos la separación de nuestro buen amigo y compañero, el señor Rada.

Por nuestra parte, felicitamos al Sr. Rada por su discreta resolución, que ya era tiempo que la tomase, a fin de no desmerecer en el concepto de hombre consecuente en política.

Pues, señores, muy apurado de recursos debe andar ya nuestro ultramarino colega *El Debate*; tan apurado debe estar, que ya el desdichado suena hasta con las miserables comisiones que los explotadores, inventores o accionistas del aparato mata-fuegos del Sr. Bañolas, ofrecen y pagan a los agentes que proporcionan la venta de algunos de esos aparatos.

Preocupado, sin duda, con la necesidad que le obliga a sonar con la *admisión* de recursos, ha publicado ayer un sueldo, escrito en tanto per mas señas, en el que pregunta a cuánto asciende la comisión que se ha dado a dos o tres personas que cita, por la venta, a la dirección de la Deuda, de tres aparatos mata-fuegos.

Nosotros que, por condición y por carácter, hemos sido siempre muy piadosos y muy compasivos, comprendiendo el *apuro* y la *necesidad* que entraña la pregunta que hace *El Debate*, hemos tratado de investigar lo que hay de cierto en el asunto, y *debidamente* autorizados, podemos contestarle lo siguiente:

- 1.º Que ninguna de las personas que nombra se han podido ocupar ni se ocupan de agenciar la venta de ningún aparato, ni conocen el que se cita más que por los ensayos públicos que se han hecho en Madrid.
- 2.º Que los aparatos vendidos a la dirección de la Deuda valen en total unos sesenta ó setenta pesos, que ha debido cobrar, ó cobrará, el Sr. Bañolas, que es el inventor.
- 3.º Que no ha mediado persona alguna en la venta de estos aparatos y que, por lo tanto, está vacante el pago de la comisión ó agentes intermediarios; lo que, dicho sea de paso, se lo avisamos a *El Debate*, por si quiere gestionar esta comisión.
- 4.º y último. Que por comisión de ventas del mata-fuegos, se ofrece y paga a los agentes intermediarios el 2.º y el 12.º por 100; por lo tanto, se lo avisamos a *El Debate*, por si tiene tiempo de dedicarse a esta industria.

Y nada más; ya ve *El Debate* que si hubiera habido pago de comisión por los tres aparatos a que se refiere, cuyo importe total no llegará a setenta duros, la comisión hubiera subido a unos treinta reales, que no es suma suficiente para comprar una escribanía; siquiera sea de plomo.

Pobre *Debate*! Se nos figura que no está el infeliz muy bueno y, por lo tanto, cumpliendo con un deber de compañero, deseamos sinceramente que se alivie, aún cuando no lo creemos muy fácil, porque, según las señas, su enfermedad debe nacer debajo del pelo. ¡Pobre *Debate*, cuando a tales recursos apela!

La Correspondencia se hace anoche eco en su edición alfonso (la segunda) de unas líneas que anoche dedica *La Epoca* al incidente de la prisión del Sr. Solís, líneas que nosotros habíamos dejado pasar como desapercibidas, aunque a nosotros se dirigen, porque insistimos en que los asuntos sometidos a los tribunales de justicia deben ser respetados por la prensa; pero ya que se trata de dar mucha publicidad a lo que es doloroso que la tenga, y ya que los periódicos borbónicos no desisten de su mal concebido empeño de ejercer presión sobre lo que ni se someterá ni puede someterse a ella, nosotros también reproduciremos lo que *La Epoca* dice, y es lo siguiente:

«Nos dice el periódico *LA TERTULIA* que hacemos mal en entrometernos en lo que se refiere al procedimiento de que está siendo objeto el coronel Solís. Siempre es honroso defender al que se halla en desgracia; pero juzgamos nuestro colega si nos sentimos inclinados a creer en la inocencia del coronel Solís, cuando obra en nuestro poder una carta escrita por uno de los procesados en la famosa causa del asesinato del general Prim, carta en la cual se entera, Esteban Sáenz Leza, nos dice textualmente: «quien fue engañado infamemente por Juan Rodríguez, que en unión de otras personas supuso llamarse José López para calumniar a D. Felipe Solís y envolverle en una trama infernal; que el firmante, con su amigo y paisano Martín Arnedo, fue preso para tomar parte en la farsa; pero que uno y otro han rechazado ofertas de dinero, de destinos y de posiciones que se les hicieron para convertirlos en calumniadores, engañando y estafando a la virtud y al gobierno.»

Dice Sáenz que así lo ha declarado y así quiere

El Sr. OLAVARRIETA: Estaba explicando las palabras y no he podido concluir. No creo que haya

revoluciones, como las crecidas de los ríos, arrastran en su curso impetuoso a los que se colocan en medio de ellas; y deben aprender los revolucionarios que no se puede edificar en medio de la corriente, sino en la orilla.» Pues bien, esa orilla en estos momentos es la Constitución del 69 y la dinastía del rey Amadeo; pero si intentais un movimiento de fuerza, esa orilla será el príncipe Alfonso y la Cons-

pesa de que ahora existen esos hechos, hay aquí es que lo mismo que se confunden los hechos, se confunden también las palabras; lo que llamamos nosotros orden, es lo que llaman anarquía los moderados; lo que llamamos nosotros licitud, lo llaman los moderados demagogia; y lo que nosotros llamamos el uso de los derechos individuales, lo llaman ellos licencia. Y como los moderados no tienen elementos para hacer esta vida, de aquí que

Continuando al cabo de quince minutos, siguió

Mi amigo el Sr. Canalejas indicaba ya uno de los
 medios que podrían servir de fundamento á ese
 partido: ese medio era la Iglesia católica; dejándola
 en sus funciones especiales una libertad absoluta, es

